

“NO HAY QUE OLVIDAR LA UNICIDAD DEL CONOCIMIENTO”

CONVERSACIONES CON HUMBERTO ZAMBON

“Do not forget the uniqueness of knowledge”. Conversations with

Humberto Zambon

Joaquín Perren *

El Profesor Zambón se ha convertido en un referente ineludible de la vida política, académica, cultural de la Universidad Nacional del Comahue y de la Norpatagonia desde la recuperación de la democracia en 1983, e incluso desde mucho antes, por sus contribuciones a la vida académica de la Universidad del Neuquén. Se desempeñó como Decano de la Facultad de Economía y Administración y Vicerrector de la Universidad Nacional del Comahue, sin abandonar nunca sus tareas como docente, cargo que mantuvo hasta su jubilación, momento en que fue designado por el Consejo Superior como Profesor Consulto. Trabajó incansablemente en la elaboración de reglamentaciones aún vigentes en nuestra Casa de Estudios, de Planes de Estudios de distintas carreras y en la formación de docentes. Es autor de numerosos libros y publicaciones relacionados con la economía y con otras temáticas. Entre ellos, cabe destacar “Introducción al pensamiento económico (Macchi, 2002), “Contra viento y marea. Orígenes, evolución y desafíos del pensamiento socialista” (La Vanguardia, 2006) y “Hablemos de Economía” (EDUCO, 2012). También ha cumplido importantes tareas fuera de la Universidad, en distintas organizaciones públicas y en el movimiento cooperativo, siempre aportando con su vocación social a la consolidación de una sociedad más justa.

* CEHIR-ISHIR-CONICET/Universidad Nacional del Comahue

Entrevistador (en adelante E): ¿Cuáles fueron sus influencias académicas y políticas en sus tiempos de estudiante y de joven graduado?

Humberto Zambon (en adelante HZ): Interesado en la economía, inicié la carrera de Contador Público para seguir el doctorado en ciencias económicas. Me recibí de contador en 1958, cuando recién se creaban las licenciaturas en economía, así que abandoné el plan del doctorado, pedí las equivalencias e inicié la nueva carrera. Quisiera reivindicar el perfil del Contador Público, tal como existe en Argentina y Uruguay y no sé si en otro país; no es un técnico contable sino que se trata de un generalista de las llamadas ciencias económicas que reciben una visión amplia de ellas y de las materias relacionadas como derecho, historia y lógica, lo que permite la posterior especialización mediante postgrado o dedicación laboral. Hay contadores que se han destacado en las más diversas ramas, como Prebisch en economía o Eduardo Lazzati en informática, que desarrolló importantes programas y aplicaciones, como aquella que permite que el diputado Jorge Rivas se comunique y pueda desempeñar su cargo. Cabe señalar que a ese programa no lo quiso comercializar y está a disposición gratuita de todo aquel enfermo parapléjico que lo pueda utilizar.

En esa época, la formación en economía en la Universidad del Sur era totalmente neoclásica; hasta Keynes resultaba sospechoso. Yo, por mi militancia socialista, conocí y pude estudiar paralelamente a Marx y luego a economistas heterodoxos como Barán, Sweezy, Huberman, etc. A fines de 1960, cuando me faltaba relativamente poco de la carrera, desilusionado de ella, me fui a trabajar de contador a mis pagos del Chubut, primero Rawson y luego Comodoro Rivadavia. Me casé, tuve dos hijos, mientras seguí estudiando y rendía una, y a veces dos, asignaturas libres por año. En 1965, como me faltaban solamente cuatro materias que se dictaban en un cuatrimestre, me fui a Bahía Blanca, las cursé y aprobé. De esa época, el profesor que tuvo gran influencia en mi formación fue Enrique Silberstein, un destacado economista y escritor (tiene publicado dos libros de cuentos, obras de teatro y una novela, aparte de los libros de economía), lamentablemente desconocido por las nuevas generaciones. El reconocimiento a esa influencia es una de las razones por las que mi último libro está dedicado a su memoria.

En 1966, gané un concurso para auxiliar docente en la Universidad del Sur (había sido ayudante alumno y Jefe de Trabajos Prácticos desde 1957 hasta fines de 1960), pero vino el golpe de Onganía y me volví a mi trabajo en Comodoro Rivadavia. De todas formas, mantuve contacto con economistas de Buenos Aires y, principalmente, de Bahía Blanca, a partir del gran cambio en la enseñanza de la economía que produjeron Roberto Domecq, Carlos Barrera, José Luis Coraggio y muchos otros. Por intermedio de ellos obtenía la bibliografía, seguía estudiando y leyendo a las nuevas corrientes económicas.

E: ¿Cuáles fueron sus primeros pasos en la Universidad Nacional del Comahue? ¿Cómo vivenció ese ambiente, tan propio de los tempranos setenta, de tanta efervescencia social, en los que se respiraban aires de cambio?

HZ: A Neuquén vine en 1969 por razones de trabajo y decidí radicarme acá. A comienzos de 1971 me invitaron a ingresar como docente en la Universidad Provincial del Neuquén. Era una época de lucha por la nacionalización de la Universidad, lo que unía a todos los sectores, inclusive al gobierno provincial, con gran participación estudiantil; época de continuo cuestionamiento y debate muy rico y constructivo, situación que continuó a partir de 1972, fecha en que se creó la Universidad Nacional, en parte influidos por la situación nacional. En 1973 fui designado Decano y como tal (y como integrante del Consejo de Decanos que se hizo cargo del gobierno universitario hasta la designación de Roberto Domecq como Rector-interventor) me tocó la responsabilidad de conducir la Universidad en momentos de cambio, difíciles pero muy interesantes y esclarecedores. Así fue hasta la llegada de Remus Tetu como interventor y la cesantía de una enorme cantidad de docentes y no docentes, donde yo estaba incluido. Tengo un muy grato recuerdo de esa etapa, anterior a Tetu.

E: ¿Cuál fue el impacto en la Universidad Nacional del Comahue de la dictadura y, luego de ella, de la “primavera alfonsinista”?

HZ: Con la nacionalización de la Universidad, con un presupuesto adecuado, se realizó una política de incorporación de profesores e investigadores jóvenes con experiencia en distintas universidades argentinas, lo que produjo una renovación científica e ideológica

muy interesante. Con Tetu, y luego con la dictadura, todos fueron cesanteados y algunos desaparecidos, muchos de ellos continuaron sus carreras científicas en el exterior. Del '76 al '83 fue un período de chatura intelectual, de Universidad “enseñadero” en la que había desaparecido toda iniciativa e investigación.

1983 significó una nueva “vuelta de campana”, de reconstrucción y aprendizaje democrático, en la que no se escamoteó presupuesto para educación. Se reincorporaron y repatriaron docentes que habían sido cesanteados en esta u otras Universidades. Volvió el debate y la pluralidad de ideas, abierto a la innovación científica e ideológica. Fui designado como Decano por el P.E.N. y tuvimos la suerte que el Rector-organizador fuera Arístides Romero, que en la democracia había sido Secretario General de la UBA y que luego estuvo exiliado en Venezuela. Lo que hoy en la Universidad Nacional del Comahue se debe, en gran medida, a la voluntad, inteligencia y trabajo de Arístides Romero.

E: En su rol de académico-militante o militante-académico, ¿Cómo experimentó el auge y la abrupta caída del “socialismo realmente existente”? ¿Qué pistas nos brinda el pensamiento de Marx para entender la coyuntura económica actual? A partir de ese instrumental teórico, ¿Qué podemos esperar en este siglo que está recién dando sus primeros pasos?

HZ: En primer lugar, siempre he separado la actividad académica de la militancia política. Ningún alumno, de los muchos que tuve en tantos años, podrá decir que alguna vez intenté influir en sus maneras de pensar o hice o el menor atisbo de proselitismo. Es más, como no creo en la llamada “objetividad científica”, traté de alertarlos en una especie de cartesianismo práctico: “duden de todo lo que les dicen y de todo lo que leen; analicen y saquen sus propias conclusiones y lleguen a sus propias convicciones”. Por otro lado, creo en el intelectual comprometido con la sociedad y con los problemas de su época; esa es la razón de mi incursión en la actividad política y, por ejemplo, de haber sido uno de los fundadores del colectivo “Carta Abierta” y del Club de Cultura Socialista en la región. Yendo a la pregunta, en los años '60 y '70 parecía que el socialismo estaba a la vuelta de la esquina. No sólo los partidarios, sino incluso los opositores, como Joseph Schumpeter, estábamos convencidos que íbamos a poder ver su concreción. Así que la implosión de la experiencia llamada “socialismo real”, aún para los que desde una óptica de democracia

participativa habíamos sido críticos de ese proceso, fue una verdadera sorpresa. Pero, también fracasó la experiencia neoliberal y la supuesta “muerte de las ideologías” que le siguió. Así que estamos como al principio: un futuro a construir; tenemos, como en algunas novelas modernas, un final abierto.

Marx creó al materialismo histórico como un método de interpretación de la historia y de la realidad y, en sus trabajos económicos, desarrolló un importante modelo para conocer al capitalismo competitivo de su época. Pero, se cuidó –excepto algunas líneas muy generales– de hacer profecías respecto al futuro; sostuvo, junto con Engels, que a la historia la hacen los hombres, condicionados por el pasado y el presente económico, social e ideológico, pero con varios grados de libertad en su accionar y en los resultados que se pudieran obtener. Es algo muy distinto al determinismo económico del que se le suele acusar. En este aspecto, lo que deja Marx en un método crítico y líneas generales para el análisis y la posible extrapolación de la realidad actual. Sobre el futuro que nos depara este siglo soy muy optimista. Creo que América Latina está buscando un camino propio hacia una mayor igualdad y libertad (que no es la libertad de empresas, como algunas veces se confunde) que incluye la integración económica y política y el desarrollo con equidad, independientemente que se lo llame socialismo o como se lo quiera denominar.

E: En un campo académico en el que las fronteras disciplinares tienden a disolverse ¿Cuál debe ser el rol desempeñado por la economía dentro del mundo de las Ciencias Sociales?

HZ: La realidad es muy amplia y con la acumulación de conocimientos de generación tras generación se hace imposible que una sola persona pueda abarcar todo, por lo que es imprescindible la especialización en áreas diferentes. Hombres de conocimiento enciclopédico como fueron en su época Aristóteles o Erasmo (posiblemente el último intelectual universal) hoy son impensables. Pero no hay que olvidar la unicidad del conocimiento y, por lo tanto, la necesidad del trabajo interdisciplinario para entender la realidad.

En particular, en las Ciencias Sociales la economía es posiblemente el sector más desarrollado, pero, para comprender y explicar la realidad es necesario el aporte de las otras disciplinas, como la antropología, la sociología y la historia; sin el trabajo en común es

imposible avanzar. En los años '90 la economía parecía dominar absolutamente el escenario; es más, los economistas neoliberales parecían cumplir el mismo papel que los sacerdotes en la antigüedad, como nuevos oficiantes de los oráculos que permitían conocer el futuro y adivinar la voluntad de los dioses. Así nos fue: a ellos con sus pronósticos (ratificando ese dicho de que Dios hizo a los economistas para que los meteorólogos no pasaran tanta vergüenza) y a nosotros con la realidad.

E: Hace pocos meses fue honrado con el título de Doctor Honoris Causa de la Universidad Nacional del Comahue, ¿Cuál cree que es el rol que tiene que asumir la universidad pública en general y la nuestra en particular de cara al siglo XXI?

HZ: Considero un gran honor el haber recibido el doctorado simbólico de la Universidad que vi nacer y traté de ayudar en su crecimiento. Creo en la universidad abierta y gratuita, democrática, participativa, de alto nivel científico, dedicado a la enseñanza, a la investigación y a la extensión de los conocimientos para devolver a la sociedad algo de lo mucho que le debe. Nuestro mundo se caracteriza por el avance en progresión geométrica del conocimiento científico y la Universidad tiene que estar preparada para absorberlo, estar al día y participar en su creación. Además, existe una correlación alta entre el nivel de educación alcanzado con el nivel de vida que se logra, tanto a nivel individual como colectivo, así que es de esperar –y desear- que en este siglo se generalice un sistemas de becas y ayudas económicas para avanzar en la universalización de la educación universitaria. Insisto, hay que prepararse para ello.

Por otro lado, la Universidad (hablo en general pero, en particular de la nuestra) goza de buen concepto en la sociedad actual; es escuchada y respetada. Eso genera una responsabilidad especial: la Universidad no puede estar ausente de los grandes problemas que preocupan al medio donde se desarrolla y debe estar presente dando información basada en el conocimiento científico, con la visión más amplia posible, evitando los juicios de valor y ayudando a la ciudadanía a formar su propia opinión responsable, con la información que requiere una auténtica democracia representativa.